

Arquitectura misional en el noroeste del septentrión novohispano

La propuesta arquitectónica de los primeros constructores de los órdenes regulares en el septentrión novohispano no sólo ofrece un repertorio diverso de conceptos funcionales y formales de la infraestructura misional que debió adaptarse a las exigencias de permanencia en un entorno natural poco favorable, el cual no sólo incide en la vegetación y fauna sino en el hábitat; sin embargo, a pesar de lo anterior queda demostrado que la tierra, madera y piedra fueron recursos aptos de uso práctico, además que los frailes y constructores aplicaron técnicas básicas en el levantamiento de las edificaciones requeridas por las incipientes poblaciones que habitaron en estas latitudes, por lo que todavía sigue pendiente la revisión de las soluciones espaciales-formales propuestas a través de los edificios que configuraban la misión, como las iglesias, habitaciones, anexos, espacios abiertos y tierra de cultivo, entre otros.

Palabras clave: arquitectura, construcciones, jesuitas, franciscanos, iglesia.

The architectural approach of the earliest builders from the regular orders in northern New Spain not only offers a varied repertoire of functional and formal concepts of the missionary infrastructure that must have been adapted to the demands of survival in an inhospitable natural environment that not only affected vegetation and wildlife, but the habitat itself. Nevertheless, the land, wood, and stone were resources apt for practical use and friars and builders applied basic techniques to the construction of buildings needed by the incipient populations that lived in these latitudes. Consequently, the evaluation of the spatial-formal solutions proposed through the buildings in missions, such as churches, rooms, annexes, open spaces, and farmland, has yet to be studied.

Keywords: architecture, building, Jesuit, Franciscans, church.

La diferencia entre la región noroeste y otros territorios ubicados en el centro-sur de la Nueva España era por demás notoria; en estas últimas regiones el desarrollo poblacional y económico se basó en la presencia de varios lugares ricos en minerales, una población nativa más numerosa y con una tradición constructiva más importante, asentamientos más densos, un clima más benigno y una mayor proximidad a recursos de bienes producidos localmente, en tanto que en el septentrión novohispano los asentamientos humanos dispersos en varios cientos de kilómetros y las escasas poblaciones conformadas por indígenas de diferentes etnias seminómadas luchaban incansablemente contra lo inhóspito de la tierra, con una cultura basada en una agricultura de subsistencia que había producido poca obra material como parte de la apropiación del espacio geográfico en virtud de lo agreste del medio y la forma de posesión ancestral trashumante que tenían del territorio; finalmente la diversidad del ambiente físico, la falta de mano de obra, la poca disponibilidad y movilidad de recursos para la explotación de los recursos naturales y levantar la infraestructura necesaria para sustentar este fin, se reflejaría también en el aspecto arquitectónico de los templos religiosos y en la forma de posesión del enorme espacio norteño.

Los jesuitas llegaron a la Nueva España en 1571; después, en 1591, iniciaron la evangelización del noroeste a través de la Provincia de Sinaloa; más tarde, a principios del siglo

* Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

xvii, avanzaron en Sonora donde siguiendo el cauce de los ríos establecieron las primeras fundaciones; en tanto los franciscanos —desde los primeros años de su llegada a la Nueva España— realizaron viajes de exploración a los territorios norteños; sin embargo, no hay constancia de que hayan levantado algún tipo de obra material. En sus inicios, el enorme septentrión se repartiría entre ambas órdenes religiosas, hasta la expulsión de los ignacianos en 1767; después se incorporarían los dominicos en regiones de California; no obstante, por mucho tiempo el noroeste fue para los jesuitas y el noreste para los franciscanos, aunque los límites geográficos y étnicos de ambos territorios nunca estuvieron nítidamente delimitados y hubo regiones como la tarahumara en que existieron pugnas entre ambas instituciones religiosas por su posesión. Desde 1681 el jesuita Kino¹ había trabajado en la reducción de la California; después entró a la pacificación de la Pimería Alta con tal éxito que estableció en sus más de 40 viajes muchas misiones; después penetró a los ríos Gila y Colorado hasta su desemboque en el mar de California. Para sostener las fundaciones en esta región, se pretendió disponer de indios nativos y no, como era menester en ese momento, el trasladar a indios tlaxcaltecas o gentes de razón desde el centro de la Nueva España.

Durante el periodo virreinal los fenómenos de transformación demográfica, migración, ocupación del suelo y cambios en los patrones de asentamiento novohispanos fueron muy intensos y en ocasiones hasta súbitos, como ocurrió en las mortandades epidémicas o con las bonanzas mineras,² el septen-

¹ Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Jesuitas, legs. 1-13, exp. 3, fs. 26-39, s. f. (mediados del siglo xviii). Andrés Javier García de la Compañía de Jesús.

² Bernardo García Martínez, "Ideas y leyes sobre el poblamiento en el México colonial; la acción del gobierno", en *El poblamiento de México. Una visión histórica-demográfica*, t. II: El México Colonial, México, Secretaría de Gobernación/Consejo Nacional de Población/Grupo Azabache, 1993, p. 17.



Figura 1. Mapa de ubicación de las provincias septentrionales al norte de Nueva España, donde se observa la enorme magnitud del área geográfica por evangelizar, destacando las condiciones naturales y ambientales, muy diferentes a las enfrentadas por los colonizadores en Mesoamérica; finalmente este hecho, entre otros, también reflejaría la poca disponibilidad de mano de obra para la explotación de los recursos y el levantamiento de la obra material. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.

trión nunca fue la excepción; por mucho tiempo la región fue muy inestable por las constantes peleas entre los que defendían las misiones, los incipientes asentamientos, el establecimiento de centros mineros, los nativos resistiendo la evangelización, la usurpación de la tierra y el espacio en que sobrevivieron durante siglos.

Después de la expulsión jesuita y bajo la administración franciscana, la población nativa estaba diseminada, salvo en algunos casos, en rancherías o villas y ya no en reducciones, como en el sistema misional jesuita; la evangelización resultado de la conversión y la pretendida reducción de los indios era una tarea constante y una carga pesada para los misioneros franciscanos, a los que cada vez les fue más difícil sostener la misión como una unidad económica y autárquica como lo hicieron sus antecesores. A pesar de lo anterior y con diferentes objetivos, tanto jesuitas como franciscanos, en forma muy activa y particular, aprovecharon para sen-

tar las bases de los procesos de planeación, proyecto y ejecución de las obras que se realizarían en la región, aportando la contratación y los acuerdos, obligaciones y derechos tanto para la autoridad civil y eclesiástica como para los constructores.³

Después los franciscanos se esforzaron en mantener, conservar y proponer una arquitectura adaptada al medio natural, basada en los fundamentos de su orden religiosa y en los requerimientos que las reformas borbónicas les impusieron. La obra arquitectónica levantada en estas latitudes, además de haber sido poco estudiada y valorada por sus aportaciones, fue diversa, con propuestas que aún hoy día a pesar de su pérdida es posible revisar y, claro está, revalorar; ésta no sólo se relaciona con los pueblos de misión, sino también con los reales de minas, presidios y después con la obra materializada en las haciendas; sin embargo en este análisis me enfocaré a la revisión de las iglesias misionales porque las considero representativas del esfuerzo de los frailes por consolidar una propuesta conceptual congruente con sus principios evangélicos y adaptada a las condiciones que el medio ambiente les requirió.

Las misiones, así como los presidios, pero sobre todo los centros mineros, además de ser parte fundamental en el desarrollo de los asentamientos poblacionales, siempre necesitaron mano de obra y fueron más atractivos para los indígenas que los pueblos de misión; lo anterior a pesar de los esfuerzos de los misioneros por contenerlos dentro de dichos pueblos, por lo que el desarrollo de la obra material a favor de su explotación y el auge de los recursos mineros contuvo muchas veces el levantamiento de las iglesias e infraestructura de las misiones, ya que éste dependía de la disponibilidad y especialidad de la mano de obra indígena, española y otras castas pro-

veniente de las mismas provincias septentrionales (figura 1), e incluso de otros lugares distantes en la Nueva España; así pues, para llevar a cabo esta tarea los colonizadores españoles debieron echar mano de un mosaico singular de indios zacatecas, purépechas, tlaxcaltecas y nahuas, además de yaquis, opatas, jobas y pimas;⁴ aunque también poco estudiada, se empleó mano de obra mulata o negra.

La utilización de la mano de obra disponible fue adquiriendo importancia en la medida que la explotación de los recursos, sobre todo la minera, se fue desarrollando y la mano de obra indígena era insuficiente.⁵ Los reales de minas,⁶ por la importancia que revestía la extracción de metales preciosos, eran los centros más cuidados por los presidios, pero como no cumplían con su papel de protección, cada población tenía una fuerza de hombres armados reclutados entre los vecinos varones adultos.⁷ A diferencia de las rancherías que se fueron estableciendo, los presidios también fueron atractivos para los colonos, ya que no sólo ofrecían la seguridad a los reales de mi-

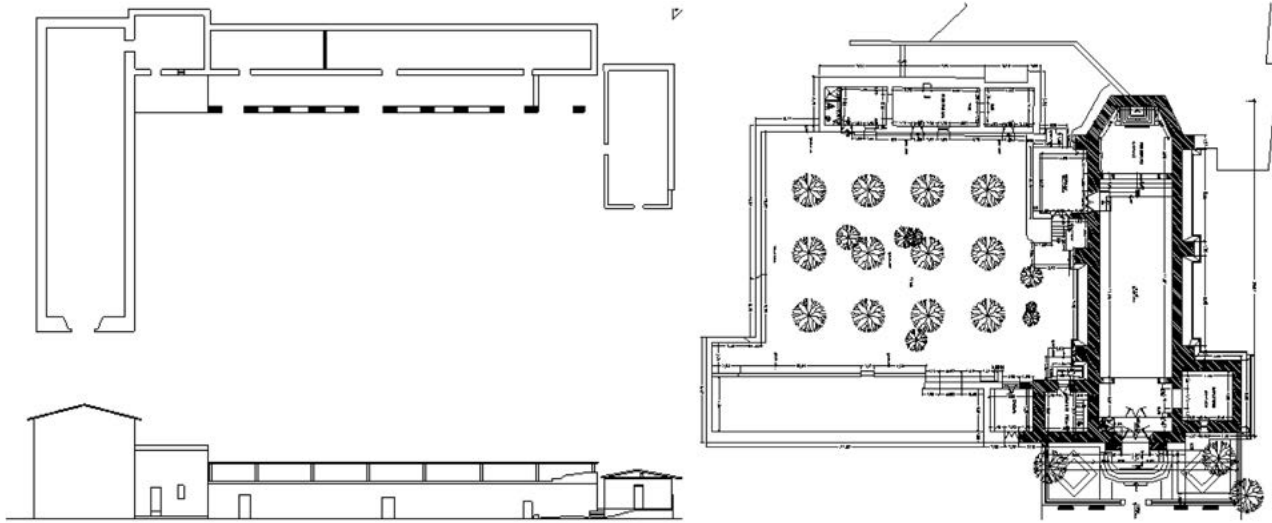
⁴ Archivo Histórico Municipio de Parral (AHMP), "AVÍA CAYDO UN RAYO EN EL ALTAR MAYOR DE LA YGLESA DE LA CANDELARIA", en *Boletín*, abril de 2011, núm. 14, Administración 2010-2013, p. 13.

⁵ Margarita Nolasco, *Conquista y dominación del noroeste de México: el papel de los jesuitas*, México, INAH (Colección Científica, Serie Historia), 1998, pp. 71, 97-100.

⁶ Tanto en la Nueva Vizcaya como en la Provincia de Sonora los poblados civiles fueron los reales de minas. Estos primeros asentamientos se dedicaron a la explotación minera; se fundaban a partir de poblados existentes, ya que partían pequeños grupos de exploradores, en la mayoría de los casos mandados por los capitanes españoles, para la búsqueda y localización de yacimientos minerales, los cuales una vez descubiertos formaba un campamento en el lugar del hallazgo. Cercanos a estos, los conquistadores establecieron fortificaciones y campos militares que también se les conoció con el nombre de "reales". Para evitar la confusión entre un poblado minero y uno militar se llamó al primero "real de minas", que se refería al lugar donde vivían los mineros, aunque no hubiera militares en la cercanía; véase César Armando Quijada López, "Reales de Minas de San Juan Bautista de Sonora", en *Noroeste de México*, núm. 10, México, Centro Regional Sonora-INAH, 1991. p. 34.

⁷ Ricardo León García, "Misiones jesuitas en la Tarahumara, siglo XVIII", en *Estudios Regionales*, núm. 6, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992, pp. 51, 87.

³ Francisco Hernández Serrano, *Construcciones franciscanas en la Nueva España. Provincia de Sonora (1767-1827)*, Berlín, Publicia, Building and Environmental Technology, Sch altungsdienst Lange o. H.G., 2014, p. 2.



Figuras 2 y 3. Misiones jesuitas de San Ignacio Papajichi y Santa María de Cuevas, ubicadas respectivamente en los municipios de Guachochi y Belisario Domínguez, estado de Chihuahua, donde se observan los diferentes espacios que las conformaban. Como parte básica del organigrama de ambas, en un área de mayores dimensiones, la iglesia misional. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano y Misiones Coloniales de Chihuahua, A.C.

nas y pueblos de misión, sino que actuaban como centros de poblamiento, pues aparte de las familias de los soldados, no pocos vecinos optaron por vivir cerca; así pues, éstos también colaboraron en la posesión del enorme espacio norteño como parte de una enorme red poblacional que luchaba por crear nexos entre los Pueblos de Misión, Presidios y Reales de Minas, para sostenerse en un incipiente mercado regional; posteriormente los cambios del sistema misional jesuita al franciscano contribuyeron a tener una cantidad mayor de mano de obra indígena disponible para los reales de minas.

La obra misional y sus conceptos arquitectónicos

Respecto al levantamiento de las iglesias estaban a cargo de los frailes, quienes participaban directamente tanto en su dirección como ejecución y tenían un papel central en todo el sistema y la organización de la obra material; éstos levantaban las iglesias desde los cimientos y contrataban las reparaciones necesarias para su mantenimiento. Tenemos constancia de la llegada de maestros a la región en la segunda mitad del siglo XVIII; después se espe-

cializó la mano de obra libre indígena (oficiales carpinteros y albañiles), quienes vendían sus servicios y no sólo los hijos de la misión; estos últimos eran ocupados por los misioneros a cambio de comida en las fábricas o reparaciones de las casas o su iglesia, además de algún otro servicio.

Los conceptos para la estructuración de los asentamientos propuestos por los frailes parecen responder a un conjunto de variables múltiples, no sólo a los factores bioclimáticos o de adaptación al medio físico, sino también a los simbólicos, que adquieren un factor de suma importancia cuando los aspectos religiosos determinan en cada obra arquitectónica el modo de la delimitación espacial; entre tanto, la dimensión simbólica del entorno adquiere un papel preponderante en la ubicación y en la disposición de los asentamientos, donde sin un factor mítico simbólico no se podrían explicar; por eso la primera acción de los frailes fue hincar la cruz y apropiarse simbólicamente del espacio abierto; después vendría la delimitación del espacio físico y más adelante —con el levantamiento aún provisional de la iglesia misional— se consolidaría la posesión y el símbolo del emplazamiento.



Figuras 4, 5 y 6. Iglesia misional de Santa María de Cuevas, en el municipio de Belisario Domínguez, en el actual estado de Chihuahua. Vista exterior e interior, donde destaca la ornamentación en los plafones. Fotografías del Centro INAH Chihuahua, 2001.

Los recursos para levantar la infraestructura misional, incluyendo la fábrica y la conservación de las iglesias, dependía básicamente del producto de los excedentes de las mercancías producidas en la misión, y el lograr una regularidad en la producción agrícola o ganadera, o ambas, era sumamente difícil, debido a la inestabilidad que hubo en estos territorios, incluso durante siglos. Los contratiempos podían ser tan diversos, como la falta de producción en los campos, la disminución de los rebaños, los ataques de indios, la comercialización de sus productos en un mercado regional y la disponibilidad de mano de obra con o sin experiencia, entre otros muchos otros factores. Así pues, el desarrollo constructivo de la obra misional no se puede explicar cronológicamente, ya que si bien

existe una secuencia en el levantamiento de la obra material, como lo he dicho, ésta dependía del tiempo y posibilidades de la misión-comunidad de iniciar, aumentar o desarrollar la fábrica del edificio, por lo que algunas obras se quedaron como provisionales; hubo obras truncadas que nunca se pudieron concluir y se quedaron en los cimientos o muros a medias, o algunas otras se vinieron abajo y tuvieron que ser levantadas en el mismo lugar o trasladadas a otros sitios, las veces que fuera necesario (figuras 2 y 3). Por otro lado, si vemos a la misión como un bastión de la evangelización del norte novohispano, no existe duda que las iglesias son la parte más sobresaliente de esta tarea; sin embargo, no encuentran su verdadero sentido de permanencia por sí solas, sino como parte del

resto de la infraestructura de la misión, organigrama y funciones que la crean y permiten la configuración y evolución de sus espacios.

Los religiosos que eligen la vida de clausura se ven condicionados a una serie de normas y disciplinas que son la esencia misma y la razón de ser de los órdenes regulares. La palabra “regular” viene de las reglas que marcan la existencia cotidiana de religiosos y monjas.⁸ Cada orden religiosa se norma mediante los principios llamados “Reglas y Constituciones”; libro de oro que contiene cada uno de los actos, concepciones, pensamientos y disciplinas, tanto exterior como interiormente, por lo cual quienes hayan entrado a la vida monacal se deben guiar de manera estricta.

En sus inicios los monasterios estaban independientes entre sí, y cada uno tenía un superior; no había ninguna regla de observancia general, y la que había no era fija e inmutable que obligase perpetuamente. Es verdad que todos tenían un norte a donde caminar, que era la perfección evangélica, pero en la clase de penitencias y en el arreglo de las prácticas religiosas había continuas alteraciones, según lo consideraba el superior, atendidas las circunstancias de los tiempos y de los lugares, y la índole de las personas.

Para nuestro caso, el estudio de los simbolismos y concepciones que cada orden religiosa cuidó se tradujeron a la obra material estaban basados y condicionados en estas reglas apostólicas, por lo que de esta manera el *concepto* pasa a ser el medio para legitimar la configuración, la construcción y el carácter del edificio religioso. León García⁹ resume algunos de estos conceptos, en los templos jesuitas:

La calidad de los templos, es decir, su belleza y tamaño, el número de imágenes, objetos de culto y decoración eran una forma tanto de atraer a los gentiles,

⁸ María Dolores Bravo Arriaga, *La excepción y la regla: estudios sobre espiritualidad y cultura en la Nueva España*, México, UNAM, 1997, pp. 35-36.

⁹ Ricardo León García, *op. cit.*, p. 87.

como a ricos mineros y comerciantes que invertían su dinero en el mejoramiento del templo y de la actividad misional a cambio de misas oficiadas en favor de su alma y de indios que les trabajaran.

En nuestro caso, este concepto aplica sólo parcialmente, por lo que estoy más de acuerdo en lo que he sustentado como principios básicos; es decir, que la importancia dada por los jesuitas al esplendor de los templos, el aspecto y decoración de los espacios interiores responde más a los conceptos de su fundador, san Ignacio de Loyola, así como el impacto visual que se pretendía lograr en los indígenas con la decoración de los recintos, el nivel de mantenimiento y orden en el que debería estar la iglesia, a pesar de la escasez de mano de obra

Los mismos conceptos jesuitas se describen en *El Rudo Ensayo...*¹⁰ en sus misiones muchas veces se sacrificaron otros gastos para dar prioridad a la decoración y arreglo de los espacios interiores de las iglesias. De las notas expuestas por Nentuig destaco la importancia dada por los jesuitas al esplendor de los templos, aspecto y decoración de los espacios interiores de los templos siguiendo las reglas de san Ignacio de Loyola en el Gesù, el impacto visual que se pretendía lograr en los indígenas con una mejor decoración, todo esto utilizado como modelo y estímulo, incentivo y devoción de los principios de su orden religiosa, a tan sólo unos años de su expulsión:

Y esto asentado, alabo a los padres misioneros de Sonora de que imitando a su gran padre San Ignacio empleen su industria y lo que les fructifica el corto trabajo de los indios, en mantener las iglesias con la decencia que a Dios gracias vemos en toda la Sonora, y casi en toda la pimería alta.

¹⁰ Juan Nentuig, *El Rudo Ensayo: descripción geográfica, natural y curiosa de la Provincia de Sonora, 1764*, México, INAH/SEP (Colección Científica, Etnología), 1977, pp. 84-98.



Figuras 7 y 8. Ejemplos de la arquitectura misional sonorenses; a la izquierda se observa la iglesia ubicada en la población de Arizpe, en la región Opata, construida a base de adobe y ladrillo en sus muros; a la derecha se observa la de Caborca, de fábrica franciscana, ubicada en la Pimería Alta, ambas en el norte del actual estado de Sonora. En la diversidad de la propuestas formales de su arquitectura radica su valía y reconocimiento. Fotografías de Francisco Hernández Serrano, febrero de 2011.

En síntesis, el concepto de los arquitectos del Gesú que buscarían afanosamente reproducir los frailes en las misiones jesuitas era que al recorrer el espacio interior los nativos pudieran comprender la imagen de Dios. El impacto visual de los “sin razón” que vivían con sencillez y sin opulencias, al entrar a un espacio así, fuera como un paraíso celestial. Por esto la fachada debía decir menos que el interior, ser sobria y sin opulencia. Estoy cierto que estos valores y concepciones simbólicas de una u otra forma, y con las debidas reservas por la disponibilidad de medios y recursos, los jesuitas trataron de reproducir en la creación arquitectónica de sus misiones en el septentrión novohispano (figuras 4, 5 y 6). Al respecto, me es claro que el estudio de estas hipótesis deberá reforzarse; sin embargo, con base en los documentos que he presentado, las considero demostradas; es decir, el interior debería ser más expresivo que el exterior. Estos conceptos son los más relevantes de la propuesta arquitectónica jesuita.

De manera diferente los conceptos de los franciscanos parecían más simples, aunque no menos importantes y simbólicos

En cuanto a los franciscanos, una de las características más importantes de la orden fue la estricta guarda de su apostólica Regla,¹¹ observando los preceptos de san Francisco tan a la letra y con tanta puntualidad que los identificó de algunas otras órdenes religiosas.

En cuanto a todas sus reglas y preceptos, los franciscanos pretendían reedificar con sus conceptos de humildad y sencillez la iglesia, aun siendo en todo sentido una dualidad, ya que san Francisco, sin ser arquitecto y sin decir que no sabía, con sus propias manos edifica la iglesia de San Damián y la Porciúncula,¹² entre otras; es con este mismo sentido

¹¹ Se llama “regla monástica” la reunión de preceptos que, además de los que son comunes a todos los cristianos, tienen que observar los monjes en virtud de la profesión.

¹² La iglesia de la Porciúncula es, por lo tanto, para el santo el modelo de sencillez, de lo mínimo, del silencio, de la desnudez y sobriedad del aspecto formal arquitectónico franciscano.

donde los frailes franciscanos encuentran el objetivo de su labor misional y el carácter de la estructura deseada. Por eso para el franciscano cuanto mayor sea la humillación, más grande será la exaltación. Por las mismas razones, en la Nueva España; generalmente sus edificios fueron de menores proporciones y menos suntuosos que los de las otras órdenes religiosas.

De tanto en tanto, la orden giraba instrucciones a los frailes para que construyeran sus templos y sus conventos de acuerdo con la orientación de estricta pobreza que caracterizaba a la orden. Esto tenía que hacerlo una y otra vez por la tendencia que hay en el ser humano, y por tanto en los religiosos, hacia la comodidad y la expresión plástica de la belleza. Estas disposiciones de utilizar la máxima austeridad en los edificios explican también por qué los edificios franciscanos, aun en ciudades y en el centro del país, son más sencillas que otros templos y edificios.

Desde la imagen un tanto burda y masiva en sus construcciones de Nuevo México del siglo xvi, en la que los franciscanos sentaron las bases de la arquitectura del septentrión novohispano, adaptada a las condiciones que el medio natural les exigió, hasta los avances en los principios y desarrollo en la técnica constructiva cuando recibieron la obra misional después de la segunda mitad del siglo xviii era notoria, *habían decidido adoptar un estilo sobrio en el carácter y dimensiones en sus iglesias*, donde el concepto sugiere perfeccionar el orden “por más firme y honesto [...] será el Toscano”,¹³ que reflejaba el valor simbólico que la iglesia representaba en el nuevo espacio conquistado, como elemento material que inicialmente se introducía y después reforzaba los valores que la institución eclesiástica representaba; después la propuesta franciscana evolucionó, y en la Pimería Alta aún tenemos ejemplos que resumen el avance en los conceptos aplicados y sistemas y técnicas constructivos empleados en su última etapa evangélica en la región (figuras 7 y 8).

¹³ Francisco Hernández Serrano, *op. cit.*, pp. 187, 194.

La propuesta arquitectónica

La obra arquitectónica que aún subsiste en la región es en buena parte el resultado de las medidas de poblamiento que las reformas borbónicas impulsaron durante la segunda mitad del siglo xviii, de la convivencia plural que ambas órdenes religiosas tuvieron con la población indígena nativa e inmigrantes que llegaron de diversas provincias y regiones del septentrión, así como con su relación con los rancheos, e intercambios comerciales con los presidios y con los reales de minas ubicados todos en un medio ambiente diverso y adverso que se refleja en la heterogeneidad de su arquitectura.

A continuación presento diversos planos donde se observa la diversidad en los espacios, proporciones y orientaciones de algunas iglesias misionales de la Provincia de Sonora. A pesar de lo heterogéneo de las propuestas arquitectónicas, predomina una proporción 1:4 en el ancho-largo de los espacios (figuras 9-14).¹⁴

Todos los antecedentes resumidos aquí formaron parte del acordeón de posibilidades resultado de la arquitectura del norte novohispano; sería injusto negar la influencia de los aportes y utilización de la técnica constructiva franciscana, así como la reiterada preocupación de los jesuitas por adornar los espacios interiores a pesar de la escasez de la mano de obra y el volumen tal vez primitivo por lo masivo de las construcciones, pero resultante de los materiales disponibles y sin embargo necesario para definirlo en ese enorme espacio abierto, o el manejo de texturas en los muros aportado por los franciscanos al introducir nuevos materiales que revitalizaron los espacios interiores, así como las propuestas formales, y les darían otro carácter a las construcciones, esto sin contar la búsqueda constante de la forma que contiene el volumen contenido en el recinto, ya fuera de una nave o en forma de cruz, que

¹⁴ *Ibidem*, pp. 177-186.

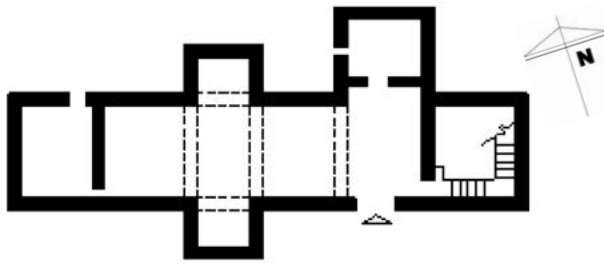


Figura 9. Tubutama, ubicada en la Pimería Alta, fábrica jesuita, modificada por los franciscanos. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.

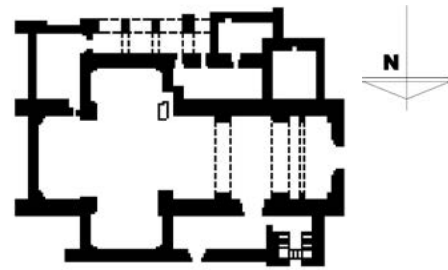


Figura 10. San Diego del Pitiqui, ubicada en la Pimería Alta, fábrica franciscana. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.

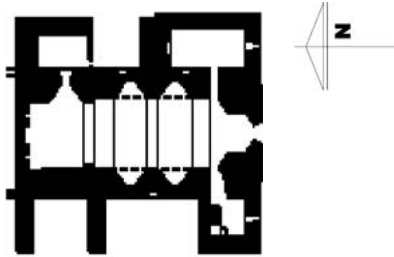


Figura 11. Cocóspera, ubicada en la Pimería Alta, fábrica jesuita, modificada por los franciscanos. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.

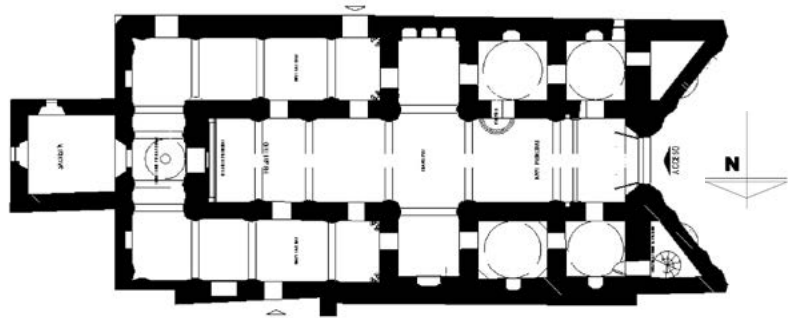


Figura 12. Bacadéguchi, ubicada en la Opatería, fábrica jesuita, modificada por los franciscanos. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.

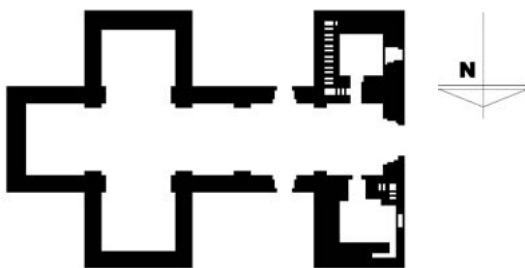


Figura 13. Caborca, ubicada en la Pimería Alta, fábrica franciscana del Colegio de Propaganda Fide. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.

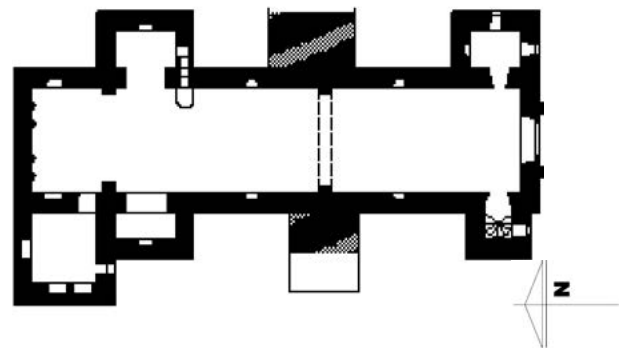


Figura 14. San Ignacio Cabúrica, ubicada en la Pimería Alta, fábrica jesuita, modificada por los franciscanos. Plano elaborado por Francisco Hernández Serrano.





Figuras 15 y 16. Ejemplos de la arquitectura de iglesias misionales en la Sierra Madre Tarahumara, estado de Chihuahua. Izquierda: San Ignacio, Arareco. Derecha: Los Santos Cinco Señores, Guachochi. Fotografías del Centro INAH Chihuahua, 2001.

desde mi punto de vista nunca fue definida, tan sólo para mencionar parte de los aspectos arquitectónicos que aportan las construcciones de frontera.¹⁵ No me considero exento del interés por resaltar los conceptos y características del espacio misional, ni que puedan parecer excesivos y emotivos; sin embargo, prefiero proponer e ir a la búsqueda de esta arquitectura que quedarme contemplando una propuesta material de varios siglos que aún no ha sido descubierta y espero sea revalorada por los habitantes de estas regiones y especialistas de diferentes disciplinas.

La obra material franciscana, tanto de la Provincia de Sonora como en la Nueva Vizcaya, aunque diversa conceptualmente, refleja características constructivas similares; evolucionaron de distinta manera, pero generalmente los muros son de adobe o piedra, con techo plano de vigas de madera labradas, como en el caso de Santa María de Cuevas y Guadalupe del Paso del Norte, con una torre ligeramente trabajada en cantera en San Francisco de Chihuahua, Conchos o sin labrar, o con una sencilla espadaña en lugar de torre, como en Janos, Babonoyaba, San Cristóbal, aunque cuando era posible en las portadas se integraban elementos ornamentales de cantera. En los muros de adobe se podían

¹⁵ *Ibidem*, p. 27.

o no alternar hileras de piedra y sus espesores eran de diferentes anchos. Los espacios entre las vigas se cerraban con vigas o madera en rollo de entre 4 y 7.5 cm de diámetro, las cuales se cubrían con un entablado y terrado, o con una estera de zacate, y sobre el que se agregaba una capa de lodo de 30 a 45 cm de espesor, como en la iglesia y convento de San Antonio en Casas Grandes,¹⁶ aunque los sistemas constructivos son muy diversos e incluso pueden variar por regiones. Las cubiertas se fueron modificando en virtud de lo inestables que en un principio se levantaron y conforme a los sistemas y técnicas constructivas fueron mejoradas por la especialización de los operarios.

Contrastan también las iglesias franciscanas de Chihuahua con las del clero secular; hay que recordar que los clérigos seculares se asentaban en los reales de minas o poblaciones principales de españoles con muchos más recursos, mientras que los franciscanos atendían las misiones de indígenas. Éste era el caso también de las iglesias jesuitas de la Tarahumara (figuras 15 y 16).

¹⁶ Dizan Vázquez Loya, "Las misiones franciscanas en Chihuahua. Pistas y referencias para su investigación", en *Cuadernos de Investigación*, núm. 3, Ciudad Juárez, Unidad de Estudios Históricos y Sociales-Extensión Chihuahua-Instituto de Ciencias Sociales y Administración-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2004, pp. 288-293, 301, 308.

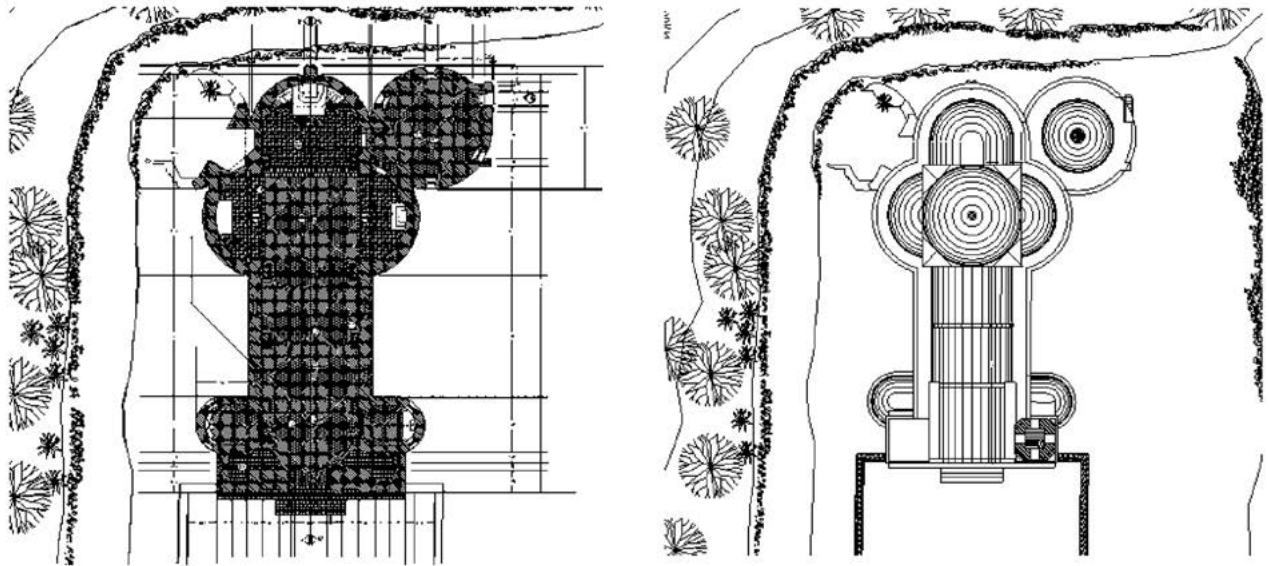


Figura 17. Planos arquitectónicos de la misión del Santo Ángel Custodio de Satevó, en Batopilas. Planos elaborados por Misiones Coloniales de Chihuahua, A. C., Estado de Chihuahua-INAH.

Respecto a la arquitectura misional franciscana de Chihuahua, no llegó a tener templos como los de Zacatecas y San Luis Potosí en la misma provincia.¹⁷ Una excepción es la iglesia franciscana de Satevó de Batopilas, levantada a base de ladrillos en pisos, muros y cerrada con bóveda y cúpulas del mismo material, cornisas y elementos arquitectónicos diversos, pero es un caso único. Hoy día presenta erosiones muy importantes, sobre todo en los muros exteriores (figura 17).

Es obvio que aún en el norte las construcciones religiosas en ciudades eran grandes, sólidas y hasta suntuosas en comparación de las de pequeñas misiones. Por último, como ejemplos de la arquitectura resultante de los cambios poblacionales y las múltiples relaciones socio-político-económicas en la Nueva Vizcaya, incluiré dos inmuebles que por su importancia formal y por su ubicación considero necesario presentarlos: Misiones del Santo Ángel Custodio de Satevó, en Batopilas (figuras 18 y 19), y la de Santa Ana de Chinarras (figura 20).

En cuanto a la primera, es interesante subrayar la planta atípica formada con elementos curvos y las

¹⁷ *Ibidem*, p. 288.

proporciones de la planta 1:4 (ancho-largo), que regularmente fue utilizada por los constructores franciscanos en el septentrión novohispano, así como los alzados que se manejan en diferentes alturas de cúpulas y bóvedas, que sugieren una obra mejor planeada y mayor dificultad constructiva.

Como he mencionado, hasta después de la expulsión de los jesuitas los franciscanos se hicieron cargo también de la mayor parte de sus misiones de la Provincia de Sonora y la Nueva Vizcaya, excepto las que fueron secularizadas. En el periodo en que convivieron jesuitas y franciscanos en la región tarahumara se suscitaron algunos conflictos que deben haberse dado con frecuencia en toda la América española, pues poco después en la *Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias*, publicada en 1681, se dispuso en el Libro I, título 15, ley XXXII, “Que donde una religión hubiere entrado primero a predicar la Santa Fe y Doctrina, no entre otra”.

Un caso que se salió de lo convenido entre ambas órdenes fue el de la fundación de la misión de Santa Ana de Chinarras. El padre jesuita Antonio de Arias fundó —en 1716, entre la villa y la misión fran-

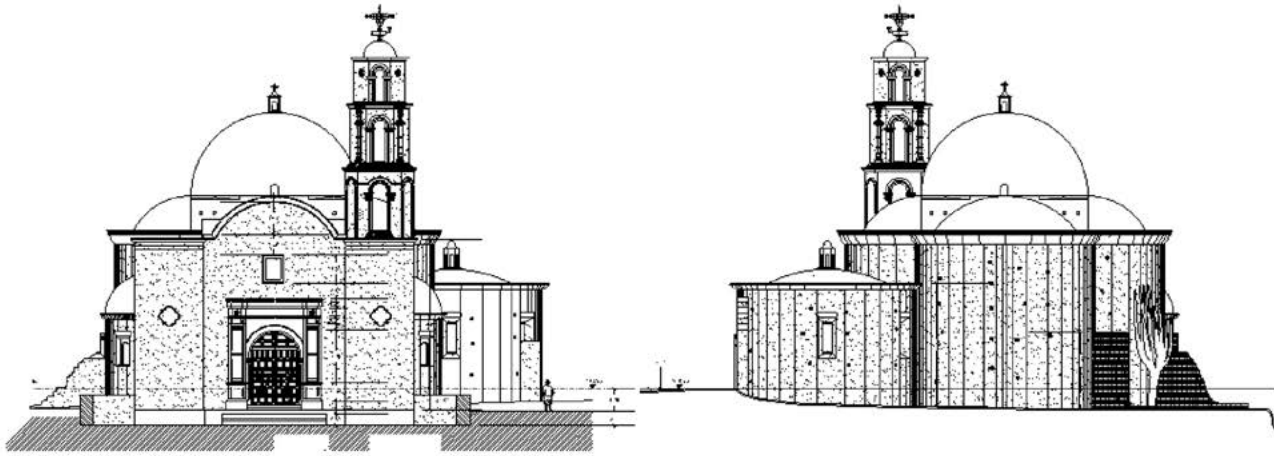


Figura 18. Planos de la fachada norte (izquierda) y sur (derecha) de la misión del Santo Ángel Custodio de Satevó, en Batopilas. Planos elaborados por Misiones Coloniales de Chihuahua, A. C., Estado de Chihuahua-NAH.

ciscana de San Jerónimo— una misión con indios chinaras y tarahumaras, a la que dio el nombre de Santa Ana y San Francisco Javier. Obviamente los franciscanos que atendían la misión de San Jerónimo se inconformaron por ver incrustada en su territorio una misión jesuita. Así lo reconoce el padre Juan de Guendulain en una carta a su provincial Gaspar Roder, en 1725, en la que le dice que la misión se fundó “con tanta contradicción de los religiosos de San Francisco”¹⁸

La misión es de planta cruciforme de buenas proporciones (1:4), con una capilla y sacristía anexas. El ancho de los muros varía desde 1.20 a 1.45 e incluso hasta 1.75 m aproximadamente y cuenta con naves abovedadas bien elaboradas intersectadas mediante un transepto y una cúpula octagonal.

Por último, y si bien es necesario un estudio particular del proceso de desarrollo de cada inmueble misional, para mencionar sin ningún orden varios aspectos arquitectónicos y tecnoconstructivos que confluyen en las edificaciones levantadas en esta región, resalto los siguientes: 1) las proporciones de la planta arquitectónica varían, pero tienden a 1:4 (ancho-largo); 2) las alturas de las naves son variables; 3) las ventanas son pequeñas o con pocas va-

nos; 4) se intenta separar el espacio de la nave con el presbiterio; 5) las cubiertas evolucionaron constantemente en diversas regiones; las jesuitas son a dos aguas con volados en los extremos; las franciscanas, planas, en tanto no se utilizaron las bóvedas de ladrillo; 6) no pocas veces se colocaron contrafuertes para reforzar los muros de adobe; 7) en general los muros son de adobe, aunque algunos son de piedra o mixtos; 8) a pesar de existir una cubierta inclinada, en el interior el plafón es plano; 9) la fachada es austera y por lo general de un solo cuerpo con detalles de cantería en el mejor de los casos; 10) cuando fue posible levantar la altura de la edificación, se buscó construir el coro; 11) en diversos casos se levantó una torre lateral con cubierta plana o a dos aguas; 12) la cimentación es de piedra, aunque existen casos en que se construyó del mismo adobe; 13) generalmente las iglesias son de una sola nave corrida, excepto algunas que son a base de una cruz latina, y 14) los espacios exteriores estaban delimitados con una barda baja; no son de proporciones generosas ni son atrios o espacios para que los indígenas fueran bautizados; en general las bardas no son altas para la defensa; más bien son los límites para el ingreso o vestíbulo del templo.

¹⁸ *Ibidem*, p. 267.

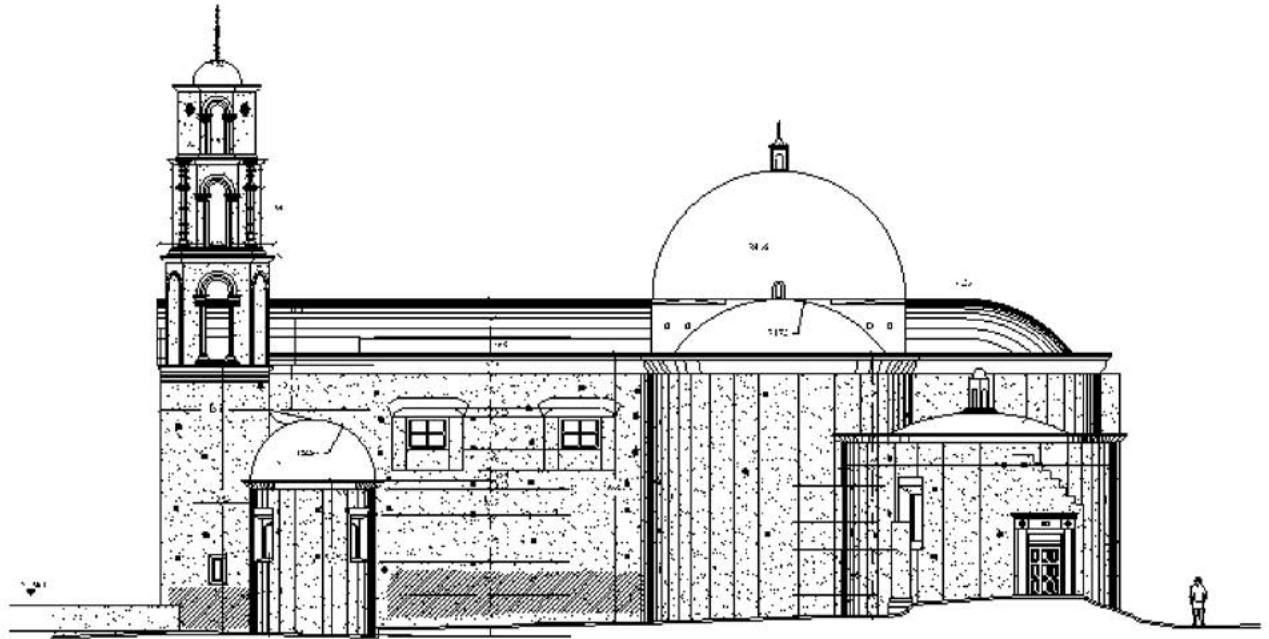


Figura 19. Plano de la fachada oeste de la misión del Santo Ángel Custodio de Satevó, en Batopilas. Plano elaborado por Misiones Coloniales de Chihuahua, A. C., Estado de Chihuahua-NAH.

76 |

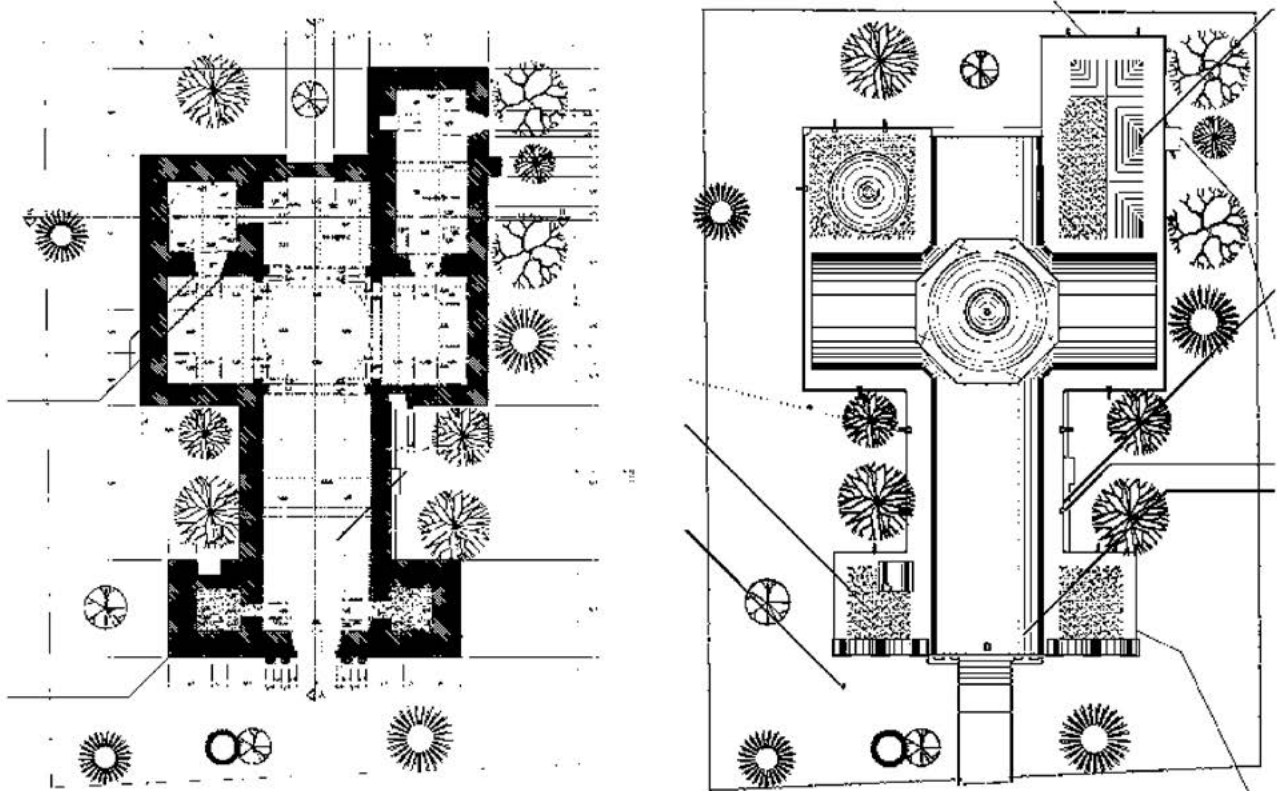


Figura 20. Planos arquitectónicos de la misión de Santa Ana de Chinarras. Planta única y azotea. Planos elaborados por Misiones Coloniales de Chihuahua, A. C., Estado de Chihuahua-NAH.

Conclusiones generales

La labor evangelizadora de los órdenes regulares en la región debe entenderse como respuesta a una realidad social existente, donde es claro percibir que cuando aumentaron los excedentes en las misiones mejoraron las condiciones espaciales, organización y medios de sostenimiento de los pueblos-misión; las iglesias se levantaron de mejor calidad, e incluso fue posible hacer tareas de conservación en los inmuebles. Dadas estas condiciones se logró materializar un desarrollo urbano dinámico y estable, aunque regional, que tenía como base la iglesia de la misión, en la que, desde el punto de vista social, el papel del misionero era clave entre el rol de los indígenas y españoles.

El presente trabajo me ha obligado a ver la imposibilidad de estudiar las misiones como un sistema bien estructurado; así pues, me queda claro que deben estudiarse particularmente, a partir de la diversidad en los conceptos arquitectónicos con que fueron concebidas, la incidencia del medio ambiente en el tipo de fábrica y el aspecto formal que imprimieron los constructores, ya que cada una respondía a las necesidades y exigencias diversas y particulares de cada asentamiento, así como de la diversidad en las condiciones regionales.

Sin pretender exaltar la interpretación de lo descrito de las fábricas de las iglesias referidas, considero que el grado de organización de la obra, materialización y sostenibilidad de la obra material, fue un hecho excepcional dado los recursos con que contaban los frailes, quienes finalmente de manera lógica y práctica resolvieron la problemática estructural de la construcción a pesar de la poca disponibilidad de recursos, mano de obra y las dificultades propias del medio. Me es claro afirmar que la dinámica, movilidad y evolución de la mano de obra indígena deberá ser estudiada ampliamente; sin embargo, considero pertinente señalar que, a pesar de existir pocas condiciones de sustento y satisfactores para ésta, por razones culturales y por diferentes formas buscó permanecer en su región, y por eso regresaban a su lugar de origen.

El resultado de la obra material arquitectónica fue por demás importante, y para nuestra fortuna aún hay ejemplos importantes en los que el trabajo de la mano de obra local imprime un sello particular en los espacios interiores y formalmente en sus fachadas, a través de figuras geométricas simples formadas a base de líneas rectas, curvas y curvilíneas, así como formas orgánicas de flores, jarrones, rolones y diversos elementos arquitectónicos que destacan sus muros, transeptos, plafones, bóvedas, cúpulas y campanarios.

